

Transiciones: Muerte y vida de las ciudades	Título
MILLER, KATHERINE - Autor/a	Autor(es)
Revista Realidad no. 118 (2008). El Salvador : DCEFyS, 2008.	En:
San Salvador	Lugar
DCEFyS, Departamentos de Comunicaciones, Economía, Filosofía y Sociología, UCA, Universidad Centroam	Editorial/Editor
2008	Fecha
	Colección
Religión; Comercio; Factores culturales; Política; Ciudades; Historia; Europa;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/El_Salvador/dcefys-uca/20100306013620/11._Hablemos_sobre_biblioteca_118.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Habla su biblioteca

Novedades de la biblioteca "Florentino Idoate" de la UCA

Transiciones: Muerte y vida de las ciudades

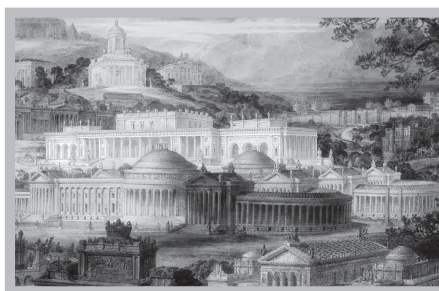
KATHERINE MILLER

Directora de Asuntos Culturales

Didst thou ever see a lark in a cage?
Such is the soul in the body:
This world is like her little turf of grass,
And heaven o'er our heads like her looking-glass
Only gives us a miserable knowledge of the small
Compass of our prison.

John Webster, *The Duchess of Malfi* (1614), IV.ii*

Hay un antiguo dicho medieval que reza *luftstadt macht frei*: el aire de la ciudad hace libre a una persona que ha escapado su servidumbre como siervo de la glebe para entrar en una ciudad amurallada, digamos, en el siglo X, cuando estaban comenzando



- “¿Has visto una vez una golondrina en una jaula? / Así es el alma en el cuerpo: / Este mundo es así como su pedacito de grama, / Y el cielo sobre nuestras cabezas es su espejo, / que solamente nos brinda una visión del / Miserable compás tan reducido de nuestro cárcel.”

John Webster, *La Duquesa de Malfi* (1614), IV.ii

a florecer las ciudades de nuevo. Si esta persona logra quedarse en la ciudad un año más un día sin ser capturado, según las costumbres y tradiciones medievales, esta persona queda legalmente libre de su estado de servidumbre.

En el contexto de las transiciones desde la Antigüedad Tardía hasta la Temprana Edad Media (siglos V–XIII) no se puede decir que existía un Estado, pero estaban renaciendo las ciudades. Estas densidades de poblaciones se dedicaron a actividades distintas a las áreas rurales donde practicaban la agricultura. La ciudad en la Temprana Edad Media tenía el poder de imán para jalar adelante las regiones en que existía. Aún no había Estados como los conocemos hoy. Todo en la política y en el comercio dependía no de un gobierno centralizado de estado, si no de estas *villes*, *cités*, *bourgs*: las ciudades.

¿Cuál es este espíritu o aire urbano que ofrece liberarnos de la servidumbre por una estadía en una ciudad? O, puesto de otra manera: ¿Cuales serán las dimensiones de un espíritu municipal que pueda operar encima de las intrigas y rivalidades para así liberarnos de ellas? ¿Sería posible que el aire de la ciudad hoy, así como en la Antigüedad y en la Edad Media, pueda liberarnos todavía? En fin, si el aire de la ciudad nos puede liberar del “miserable compás tan reducido de nuestra cárcel”, ¿qué clase de ciudad sería nuestra Itaca? ¿Cómo

podemos buscar las equivalencias y réplicas de una liberación como la que experimentó Odiseo, el mítico excombatiente regresando de Troya, aguantando tantos atentados contra su identidad para finalmente llegar a su ciudad en Itaca?

Al formular estas preguntas, parece ser que se está proponiendo sencillamente un *nostos*, un retorno, una nostalgia activa o un regreso rectilíneo al pasado. Pero no es así, y la búsqueda encomendada es un arduo trabajo de amor en que permitimos que la gente de la Antigüedad Tardía y la Temprana Edad Media nos hable y diga lo que es de ellos (ajeno a nosotros), de tal modo que sus palabras, conceptos y acento no enmascaren ni alteren las similitudes y diferencias sobre el tema de sus ciudades, y, por implicación, las nuestras.

En primer lugar, ya sabemos que la esencia de la civilización y la vida civilizada es, al fin de tanto, nada más que vivir en ciudades (*civil-civilis*, ciudad). Y, por extensión, los romanos planteaban que en una ciudad los ciudadanos deberán vivir un aire de *civilitas* [*civilitas*, *-atis* [*civilis*]]. *Civilitas* es la política misma, o, más bien, el arte de gobernar; pero, además, era la sociabilidad, urbanidad, cortesía, bondad y afabilidad que brindaba el hecho de vivir en un espacio urbano en el Imperio Romano y respirar su aire, aunque fuera durante multitudes de conspiraciones, intrigas y guerras civiles.

Proponer un diálogo con los antiguos ciudadanos tendrá que ser

un diálogo de diferencias, una interrogación de las ciudades en la Antigüedad y en la Edad Media en la Cuenca del Mediterráneo, a finales, digamos, del siglo V C.E. [de la Era Común], que constituiría para nosotros un teatro de sombras y espejos nublados por medio de los cuales podemos buscar la esencia del aire en estas ciudades en el momento en que se estaban decayendo y en el momento, también, en que comenzaron a renacer un proceso que marcó profundamente la transición desde la Antigüedad Tardía hasta la Temprana Edad Media en el mundo mediterráneo durante los siglos V hasta XIII. Murieron despacio las ciudades del Imperio Romano para renacer paulatinamente después que ya no existía este imperio.

O tal vez sería el caso que, como se puede percibir al platicar con la gente a nuestro alrededor hoy en día, de los medievales solamente han leído el *Decameron* de Giovanni Boccaccio o solamente el *Infierno* de Dante. Si es así—y es así—, estamos, digamos, en la postura de una persona que intenta apreciar todo el arte del Musée du Louvre a través del cerrojo del portón principal del museo. No obstante, se propone examinar el decaimiento y muerte de las ciudades y su posterior re-nacimiento en la Antigüedad Tardía hasta la Temprana Edad Media para ver cuáles esperanzas y entendimientos nos pueden brindar para nuestras ciudades de hoy estos procesos municipales y medievales. En el examen de estos

procesos, sin embargo, estaremos lejos de la meramente “nacional” de la realidad nacional—un elemento limitante pero dominante en el discurso político, histórico, estético y cultural. Examinar al “otro”, así en la lejanía geográfica y temporal del pasado (que es un país extranjero donde se hace las cosas en una manera distinta), seguramente irrite a los que desean mantener el enfoque del estudio únicamente en términos centroamericanos, ajustando siempre las orejeras del nacionalismo angosto como lente único en el estudio de la realidad nacional. Para esta visión corta y limitada, la *civilitas* antigua de Polibio, Cicerón, Salustio, Tito Livio, Tácito, y demás romanos que vivieron en las ciudades, nos puede servir de antídoto y de guía.

A la misma vez, este viaje al Mediterráneo puede ser un alivio delicioso en el mar inmenso de la gran comunidad de los seres vivos que aparecen en este espejo. No sería un viaje intelectual o arqueológico, sino una fotografía visceral de las ciudades de la Cuenca del Mediterráneo que murieron y renacieron en los aires libres del comercio internacional, finanzas internacionales, instituciones y urbanismos de toda índole. Porque cuando cayeron en desuso las ciudades del mundo romano, dijeron que el mundo mismo decaía y se volvió viejo: *mundus senescit*. Solamente podemos tener el “nombre” de la ciudad y no la ciudad en sí (apologías a Umberto Eco y a Gui-

lermo de Ockham). Y si la ciudad envejece, y se hunde, así envejecerá lo que está creciendo para eventualmente conformarse en el estado, de que la ciudad es alma y motor.

Ahora y en este entonces, las ciudades, para mantenerse con vida, requerían, así como hoy—ya sea Atenas, Alejandría, Roma, Constantinopla, Milano o San Salvador—la reparación de las calles, puentes, mercados, foros y áreas públicas. Pan y circo no bastan; aunque en tiempos pasados, igual que ahora, hay que dar pan y circo al pueblo para que no se dedique a otros asuntos menos saludables. Así, las ciudades hoy, sufrieron la intromisión e usurpación de los espacios públicos por los vendedores en pequeño y los puestos de venta, igual que en nuestro espejo medieval, en los tiempos de las transiciones múltiples desde la Antigüedad Tardía hacia los tiempos más medievales durante los siglos V-XIII.

En el año 497, el Procurador (un especie de alcalde, gobernador, o magistrado fiscal) de la ciudad de Edessa en Asia Menor (parte del Imperio Romano) tuvo que actuar para vaciar la calle principal con sus dobles columnas romanas y cocolonatas y peristiles cuando los vendedores y sus puestos de venta habían usurpado fuertemente y ocupado a la calle principal de la ciudad donde esparcieron los pétalos de rosas cuando pasó la procesión del Emperador [ver el *Crónico* de Joshua the Stylite, c. 29]. El cronista lamenta la violencia local que

acompañó el desalojamiento de los vendedores.

Chocaron, entonces, los espacios públicos en la Antigüedad Tardía con las iniciativas privadas de las señoras de mercado y vendedores ambulantes. En estas mismas ciudades del Imperio Romano tardío en el Oriente de la Cuenca del Mediterráneo, estos enfrentamientos provocaron también la despoblación de las ciudades. Los habitantes de las ciudades dejaron de utilizar los monumentos como monumentos: los edificios magníficos que habían sido monumentos públicos de las municipalidades volvieron ser utilizados, en algunos casos, como sitios para las prensas en la confección del aceite de oliva. Las arenas municipales hundieron y decayeron en la medida en que los limes del Imperio se encogieron militarmente en medio de crisis tras crisis financiera.

Y es que el sistema fiscal de recolección de impuestos, igual como los servicios públicos en las provincias y hasta en la ciudad de Roma misma, se estaba colapsando. El Emperador Dioclesiano (siglo III C.E.) respondió a esta crisis con la promulgación en un edicto imperial que contenía una lista completa de los precios fijos y los bienes y servicios básicos para la sobrevivencia humana de los ciudadanos para contrarrestar la inflación, limitando el precio de cada *item* a un costo exacto, arriba de lo cual no se podía cobrar legalmente al consumidor. La penalidad—el castigo—por

cobrar más de lo indicado en la lista era la muerte. Los administradores de impuestos y precios comenzaron a vestirse con los uniformes militares de las Legiones Romanas.

En toda la Cuenca del Mediterráneo, los foros, mercados y ágoras comenzaron a ser abandonados; los monumentos estatales, desnaturalizadas (transformados en prensas para aceite de oliva u otro uso ajeno); y el espacio público, disminuido por la ubicación no autorizada de los vendedores de las ciudades, que causaban la progresiva fragmentación de la vida municipal. Las municipalidades comenzaron a no poder mantener un cuerpo de sirvientes civiles (procuradores y agentes de toda naturaleza) para la recolección de los impuestos y, así, comenzó a caerse y fragmentarse el mantenimiento de servicios públicos (carreteras, aguas negras, puentes, mercados, baños públicos, teatros, acueductos, coliseos e hipódromos). Ya no había infraestructura legal ni municipal funcionando para los servicios que la ciudad debe brindar a los ciudadanos. Todo eso comentan las homilías cristianas de los obispos, los poemas paganos de elogio y condena a las ciudades y hasta las novelas griegas y bizantinas del Imperio Romano de la Antigüedad Tardía (ver *El Asno de Oro* de Apuleio y el *Satiricón* de Petronio). En todo eso, había, por supuesto, implicaciones de cambio cultural y político —y se redujo la calidad de vida en su totalidad—, así como podemos ver en

la televisión cada noche. Para los romanos, la ciudad que representaba la cultura—*civilitas*—se estaba encogiendo, ya sea en la península italiana, en el Norte de África o en el Levante donde Roma mantenía ciudades clientes.

Veamos, bajo la lupa, un ejemplo más de cómo estos decaimientos afectaron la cualidad de vida cuando se estaba “transformando” el Imperio Romano Tardío y entrando paulatinamente en la etapa de la Antigüedad Tardía. Un magistrado romano para Italia Ostrogoda, un tal Cassiodoro, escribió una carta en 526/7, en la que requería “regresar a la sociedad humana” de las ciudades y dejar de enterrarse en sus villas rurales a los oficiales públicos de lo que ahora es la ciudad de Calabria, en el Sur de Italia. Se ve que los oficiales en cuestión habían abandonado las ciudades a causa de la crisis fiscal que sufrió todo el Imperio Romano comenzando en el siglo III C.E.

La mayoría de las ciudades del Imperio Romano y sus provincias, comenzando en el siglo III y continuando hasta el siglo XI aproximadamente, enfrentaron crisis tras crisis. Aunque no había bancos ni instituciones financieras, la inflación rampante fue representada en la adulteración del oro y plata en la acuñación de las monedas. En las ciudades del Oriente del Imperio como Bactria, Samarra, Gaza, Jerusalén, Damasco, Palmyra, Pella, Corintio, Thesaloniki, Cesarea, las ágoras se llenaron con puestos de

vendedores desesperados a causa de la crisis financiera de los altos precios inflados y la inflación imperante, provocando una de-urbanización junto con una desnaturalización de los edificios y servicios en una serie de crisis sistémicos del imperio mismo. Como resultado de estos procesos de decaimiento y transformación negativa durante la década de 610, los puestos de venta en la importante ciudad romana y bizantina de Sardis, en Asia Menor (Turquía de hoy), para tomar un solo ejemplo, fueron abandonados y, cuando sobrevinieron las invasiones de los turcos y hunos, las crisis militares y políticas provocadas por guerra tras guerra, los principales ciudadanos civiles, las elites, se evacuaron a una colina alta y construyeron un centro militar y político (*castrum*) por su auto-defensa, pero que era demasiado pequeño para sostener actividad económica alguna.

Así, las ciudades se volvieron *castra* (el plural de *castrum*, una especie de instalación militar o fortaleza) y ni una idea de una *polis*—mucho menos de una ciudad—, aunque sobrevivieron los centros de poder político y militar que no fueron basados en la tierra, sino en el poder fiscal de la recolección forzosamente militar de impuestos y el comercio con leyes aduaneras de hierro implementadas con los navíos y ejércitos de mercenarios en ciudades como Constantinopla, Trebizond, Nicaea, Thessaloniki, Corintio y otras. Eso en el oriente de lo que fue el Imperio Romano.

Las ciudades que se habían basado en la tierra (áreas amuralladas que prosperaban debido a la plusvalía producida por la agricultura de sus alrededores) fueron remplazadas con estas ciudades de Constantinopla y demás, basadas en el fisco y la política y práctica de la recolección militar de impuestos y leyes de aduana (implementadas con enormes cadenas extendidas de la orilla de un lado al otro por las bocas de los puertos marítimos).

Ahora, que estamos entre los siglos III hasta XI, visitamos a San Agustín (en el siglo V) en el Magreb medieval de lo que son ahora Tunisia y Argelia en el siglo V, donde el santo está en el enredo político, literario y teológico de construir literariamente un nuevo orden social, económico y cultural —una ciudad de Dios contra los paganos— que desembocaría de vez en cuando en un momento de liberación de energías, mientras que se conservaba el frágil equilibrio interno de la personería jurídica terrenal que eran las estructuras municipales de los romanos. De estas estructuras se apoderaron los obispos y, posteriormente, las comunas, y se conformaron los mecanismos del orden corporativo y comercial de las ciudades.

Enfocamos en el mero momento cuando las hordas de “bárbaros” (Vandales) estaban casi rompiendo el portón de las murallas de la ciudad de Hippo en la África romana (en 430), donde estaba agonizando San Agustín. La situación se volvió

progresivamente peor, y escritores cristianos como el mismo San Agustín, pensadores judíos del Levante y los pensadores judíos helenizados del Magreb escribieron los *Libros de los Oráculos Sibillinas*, de los Judíos de Egipto, sobre el fin de las ciudades terrenales. Escritores paganos como el soldado-historiador romano Ammianus Marcellinus (siglo IV) y el romano Macrobio (Ambrosius Theodosius Macrobius, siglo V) enviaron sus libros a los lectores de la África romana y el mundo Mediterráneo proponiendo el rescate por medio de la *civilitas* de la ciudad. Macrobio se apoyó en Cicerón [*El Sueño de Scipio Africanus* en la *República* de Cicerón], lo mismo que hicieron generaciones de poetas hasta Geoffrey Chaucer en la ciudad de Londres del siglo XIV. Pero, por ahora, la *civilitas* estaba muriendo con las ciudades.

Tomamos, entonces, como un solo ejemplo entre muchos a Cicerón, quien nos encomienda la *civilitas* de las ciudades en casi cada página, y a quien no solamente Macrobio y cientos de escritores más admiraban e imitaban. También lo admiró el gran Doctor de la Iglesia, ciudadano de las ciudades del Imperio Romano, el mismo San Agustín, profesor de retórica en África e Italia. Ambos admiraban a Cicerón sobremedida por, entre otras cosas, la *civilitas* que podía servir al mundo cristiano, aunque era una

virtud originalmente habitante de la ciudad antigua de Roma. Preocupados por las intrigas y conspiraciones de las ciudades en la Antigüedad Tardía, agonizando en las guerras civiles de Roma, y el consecuente derrumbe de valores morales, buscaban a Cicerón.

Uno que lo buscaba era el santo africano Agustín de Hippo, quien escribió sus *Confesiones* durante el período bajo discusión. Nos presenta este valor municipal de *civilitas* en la imagen retórica de un buen hombre hablando bien y nos encomienda la *civilitas* que Cicerón mismo recomienda a su propio hijo en su ensayo sobre los deberes, valores y comportamiento de un buen ciudadano urbano en Roma y Grecia (ver *De Officiis* [*De los Deberes*]) y su *De Inventione*). Sus obras están retomadas por su carácter de la conversación con cualidades de *civilitas* por Erasmo de Rotterdam y Santo Tomás Moro en el siglo XVI. Cicerón hasta nos escribe de las expresiones de la cara, el movimiento de las manos, la postura del cuerpo y el tono en que se debe expresar las palabras para que toda la persona —ciudadano— comunique y proyecte *civilitas*. San Agustín también habla con cariño de los “antiguos placeres” y el valor de la conversación, pilar de *civilitas*, la esencia de la cual presenta en esta selección de sus *Confesiones*.

Otras cosas había que me estrechaban más fuertemente a ellos [sus amigos] como el conversar y reírnos juntos, servirnos unos a otros con buena voluntad, juntarnos a leer libros divertidos, chancearnos y entretenernos juntos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposición de la voluntad, y como lo suele uno ejecutar consigo mismo; y con aquella diferencia de dictámenes (que rarísima vez sucedía) hacer más gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás; enseñarnos mutuamente alguna cosa, o aprenderla unos de otros; condolernos de la ausencia de los amigos, y alegrarnos con su llegada. Con estas señales y otras semejantes que, naciendo del corazón de los que se aman, se manifiestan por el semblante, por la lengua, por los ojos y por otros mil movimientos agradables que servían de fomento a nuestro amor, encendíamos nuestros ánimos, y de muchos hacíamos uno solo.

[*Confesiones*, IV.viii]

El aire que respiramos, en las palabras de este ciudadano romano que era San Agustín, puede ser el aire que buscamos para la liberación de la servidumbre política y la servidumbre a las pasiones agitadas. La *civilitas* de los pensadores urbanos antiguos como Dio Chrysostom, Salustio, Tácitas, Tito Livio y Cicerón fue transmitida por San Clemente de Alejandría, San Agustín de Hippo y otros a toda la Edad Media. Nos encomiendan, desde las ciudades de la antigüedad, el ordenamiento de la personalidad, siendo una similitud del orden político y cultural municipal, en el período de invasiones por fuerzas militares externas, crisis financieras del todo el mundo conocido y la fragmentación y declive interno de las ciudades.

Paulatinamente, en esta medianoche oscura del alma de las ciudades, comenzamos a escuchar leves respiros de aire fresco desde

el norte. Gregorio, Obispo de la ciudad de Tours (en lo que iba ser Francia), escribió elogiando su ciudad por sus murallas e iglesias. Era una ciudad catedralicia con un foro y una sinogoga, dice. Leemos poemas (salvaguardados en los *scriptoria* de los monasterios que comenzaban a construir en los bosques y tierras baldías de las áreas alrededor de las ciudades) elogiando a ciudades como Milano y Verona por su comercio internacional. He aquí otro aire de una ciudad que pueda liberar a los habitantes de una ciudad.

Comienza este comercio internacional con la conformación, bendecida por los obispos de las diócesis municipales, de las grandes ferias calientes (verano) y frías (otoño o invierno), que se llevaron a cabo en los campos fuera de las ciudades, o *cités* (las diócesis donde el obispo era el poder municipal

en todo), en el Sur de lo que iba ser Francia. Representaban un nuevo arranque para el negocio de los textiles, artesanías de metal y cerámica, animales, verduras, etc. Las ferias implicaban la presencia y práctica de los banqueros con letras de cambio desde Italia hasta el Mar del Norte. Durante los siglos VIII hasta XII, había más comercio en el Mar del Norte que en el Mediterráneo, donde había muerto la mayoría de las ciudades principales.

Simultáneamente con el auge del comercio y las ganancias resultantes, además de los contactos con otras ciudades del Mediterráneo y el Mar del Norte, la *civilitas* de las nuevas ciudades marítimas y portuarias del Mediterráneo, del Canal de la Mancha, del Mar del Norte y del Mar Báltico levantan la cabeza en poemas, escritos y romances en que figuran ciudades igual como los castillos y monasterios. La conversación, tan apreciada por San Agustín, renace en el ámbito de los castillos, monasterios y ciudades en el trabajo de persuasión practicado, ya no por mártires, sino por mercaderes, comerciantes, clérigos y banqueros en los mercados y ferias internacionales de Champagne, Bruges, Lübeck, Londres, Venezia, Genoa y Constantinopla durante los siglos XI y XII. Estas “conversaciones” son escogidas por St. Hugo de St.-Víctor en Chartres como la base de relaciones internacionales y diplomáticas donde figuran como el octavo arte liberal (ver su *Didascalicon*). Los escritos retóricos siguen-

do *De Inventione* y *De Officiis* de Cicerón por medio de San Agustín y *El Comentario sobre el Sueño de Scipio Africanus* de la *Republica* de Cicerón (el *Somnium scipionis*), escrito por el gran Macrobio, son acariciadas y copiadas en los monasterios donde Marcus Tullius Cicerón nunca había dejando de ser el amigo, Don Tully (por cariño).

Estas nuevas ciudades en Occidente y en el Norte sufrieron metamorfosis tras metamorfosis, viviendo y creciendo de los excedentes del comercio internacional de la industria textilera, las importaciones comerciales, las ferias, exportaciones y las finanzas internacionales en que funcionaban las hileras de la sociedad manejadas por los banqueros (los Acciaiuoli, Peruzzi, Frescobaldi y Medici). Al morir hundidas parcial o completamente las ciudades del Mediterráneo, los procuradores fueron reemplazados por los obispos cuando los gobiernos municipales ya no funcionaban. Y las comunas conspiradas o compradas por los ciudadanos municipales –mercaderes, banqueros, panaderos y toda clase de artesanos, vendedores y ciudadanos en general– eventualmente comenzaron a remplazar a las diócesis de los obispos y su gestión. En todos estos cambios creció a la par la *civilitas* que habitaba en las ciudades de los poemas, líricas, enciclopedias, épicas, historias y romances.

¿Romances? La raíz de la palabra es *roman* [literalmente, Roman] elogiando la magnificencia de estas

ciudades donde el motor comercial empujaba a las ciudades en la ausencia de un Estado. Estos nuevos libros de poemas presentaban el comportamiento de los buenos modales en las fantasías de amor cortés de los *romances de amour courtois* en las páginas de los cuales aparecieron los mercaderes que ahora eran descendientes de los ex-combatientes y refugiados de Troya (así como el mítico troyano, Eneas, quien fundó la ciudad de Roma), y eran, por lo tanto, los troyanos gentiles y nobles, muy cultos, civiles y amables (no unos vulgares mercaderes laborando en las muelles del comercio). Aparecen en esta nueva encarnación los mercaderes y banqueros, sus gestos y hazañas en las tres materias de los poetas que escribieron sobre Troya, Roma y Bretaña durante los siglos XI y XII, según el maestro de los romances, Chrétien de Troyes. La ciudad portuaria de Londres volvió a ser la Nueva Troya (*Troy Novaunt* de los Anglo-Normandos).

Los mártires cristianos de la Antigüedad Tardía pasaron por una metamorfosis, volver ciudadanos de ciudades otra vez, y llegaron a ser mercaderes y banqueros a tal nivel que hasta podían formar un bloque de fuerza y poder político que los calificaba para la inserción en la administración municipal y diplomática de los reyes —una especie de *noblesse de robe avant la lettre*, que trabajaba por, o se enfrentaban con, el poder de las aristocracias y reyes. Se insertaron en las estructuras mi-

litares, así como Geoffrey Chaucer quien, cuando fue capturado en Francia en una tarea diplomático-militar en el servicio de su rey; el Rey Edward III de Inglaterra pagó su rescate. Y así con los humanistas Dante, Petrarca, Maquiavelli, Poliziano, Salutati, y demás.

Ahora todos necesitaban *civilitas*, este aire que soplaban en las ciudades y había que enseñarlo para su comercio, sus misiones diplomáticas y para la misma calidad de vida que los llevaban para arriba en las estructuras municipales de la política y en el comercio internacional que se había vuelto tan lucrativo. Necesitaban la *civilitas* como ingrediente para el trato político-diplomático y comercial con los poderes municipales de otras ciudades. Ahora son una suerte de anfibios de mar y tierra: no son cultos, pero son efectivos en el comercio. Geoffrey Chaucer es el ejemplo *par excellence* de un comerciante sumamente erudito, quien se insertó en la corte del rey y prosperó precisamente por su erudición y *civilitas*. Pero Chaucer no aparece hasta el siglo XIV.

Así que la Iglesia buscó metodologías para inculcar la cultura, la *civilitas* que incluyó el buen arte de conversación y la *humanitas* en general. Y la Iglesia buscó este fenómeno de *l'amour courtois*, el amor cortés, como mecanismo específico de educación en *civilitas*, que ya sabemos era el ambiente y aire que soplaban solamente en las ciudades. Los nuevos poderes municipales y

comerciales todavía dependían en la Iglesia y sus notariales y escribanos para su correspondencia diplomática. En esta correspondencia se plasma la *civilitas* del arte de la conversación y brilla el préstamo directamente de Cicerón. El poeta Francesco Petrarca, quien, en su gestión diplomático para la corte papal de la ciudad de Avignon en el Quattrocento, siempre cargaba consigo, nos dice en su propia correspondencia, las cartas de Cicerón que le sirvieron como modelos del arte de la conversación en la correspondencia diplomática.

Hemos dicho que la Iglesia buscaba el fenómeno del amor cortés como uno de los instrumentos o metodologías para implantar las formas y exigencias de la Iglesia Católica de Christendom en Europa Occidental. Durante la Temprana Edad Media, intentó fomentar la humanización (léase, *civilitas*) de los aristócratas, quienes, en la ausencia de un Estado, actuaron, en general, en una forma grotesca, vulgar y violenta. Primero, la Iglesia levantó el famoso movimiento de la Paz y Tregua de Dios (siglo IX en el Sur de Francia) con reliquias de santos y el arma de la excomulgación en su alianza con los siervos del campo y los habitantes de lo que iban a ser ciudades. Pero la Iglesia, además, fomentaba la ideología de un amor terrenal más elevado que las convenciones del amor mas crudo y a veces violento que fue practicado en el Norte de Europa.

El fenómeno o metodología del *amour courtois* fue prestado, en parte de los poemas de los musulmanes y del Islam donde la mujer era apreciada en tonos más elevados (ver un ejemplo en *El Collar de la Paloma* de Ibn Hasim de Córdoba en el siglo XI). Fue conocido este poema y muchos más, en Provençe (el antiguo *Provincia* romana) en el transcurso de su contacto por medio del comercio con Al-Andaluz. Hasta más importante fue el surgimiento durante este mismo período del Culto de la Virgen María, que idealizaba la Theotokos, la Madre de Dios (posteriormente cambiada a la Madre solamente de Jesus, aunque la visión de la Theotokos como la Madre de Dios mismo perduró durante toda la Edad Media (ver *Homenatge al Misteri d'Elx. Drama sagrat per la Festa de l'Assumpció de la Verge* de Catalunya)).

Se ha dicho que era la Iglesia la que utilizaba este instrumento del amor cortés y, de hecho, más que alguno de los capellanes reales escribieron famosos y reconocidos libros de buenos modales para las relaciones entre los sexos y entre ciudadanos basadas en el culto de amor cortés (ideas que fueron promulgados por los *troubadours* y *trouvères* en sus líricas), que explicaron y encomendaron un comportamiento humanizado (léase, *civilitas*) que se esperaba de los caballeros aristocráticos (*knights*). [ver *De amore* de Andreas Capellanus, por ejemplo. El término *capellanus* significa capellán de la corte o, es-

pecíficamente, de la reina. En este caso, la reina probablemente era Marie de Champagne en el siglo XII].

Así, son algunos de los instrumentos políticos, religiosos y culturales que utilizaba la gran Iglesia medieval de Europa Occidental en sus políticas eclesiales de los siglos XI y XIII para crear una mentalidad y comportamiento cultural de *civilitas* para minimalizar la violencia y crudeza de la aristocracia mientras que crecieran las ciudades durante este mismo período. Y la conversación cortés, civilizada, respetuosa (prestada de Cicerón directamente o por medio de San Agustín, que podemos ver en la sobrevivencia de manuscritos en los monasterios) era el colmo de la perfección de un caballero (*knight*) (ver el romance *Sir Gawain y el Caballero Verde*, de un poeta anónimo del siglo XIV, como uno de muchos).

Pero hay otra modalidad para el nacimiento de las ciudades. En el período después de la primera *Jihad* islámica (siglos VIII – XII) en Europa Occidental, los califatos crearon, en las ciudades que construyeron como botín de conquista, un sistema fiscal muy distinto de las ciudades cristianas de los obispos y un sistema fiscal tan fuerte que podía crear nuevas ciudades desde la nada y construirlas como centros mayores en un ámbito socio-económicamente fuerte.

Así fue creada la ciudad de Bagdad, a las ordenes del califa

Abu Ja'far Al-Mansur, quien ordenó la construcción de esta ciudad por medio de la precisión astrológica en una fecha específicamente designada: el día 30 de julio en el año 762. La clave aquí no era solamente el comercio y la anarquía del mercado libre y las comunas individualistas, sino el poder político que nunca murió por ser un centro político con un sistema fiscal estructurado militarmente. Ibn Jaldun, escribiendo en el Magreb medieval del siglo XIV (contemporáneo con Geoffrey Chaucer en la ciudad de Londres), consideraba en su magnífica obra *Al – Muqaddimah* [*Prologomena a la historia universal*], que la creación de la ciudad era un salto cultural enorme para la civilización. Tomo la libertad de sugerir que esta es una expresión paralela de la importancia de la *civilitas* que promueve la libertad y cultura en el ámbito urbano del Imperio de los Califatos en el período medieval en la Cuenca del Mediterráneo.

Hemos examinado el declive y muerte de las ciudades y el posterior resurgimiento de las ciudades en la ausencia del Estado. Una de las razones es que los Estados no existían hasta más tarde. Pero se puede confirmar que en los ejemplos del pasado, que se han dibujado arriba, el punto fuerte es que en las transiciones de las ciudades (muriendo, levantándose) durante la Antigüedad Tardía y la Temprana Edad Media (siglos V – XII) las ciudades empujaron hacia el progreso hasta en la ausencia del Estado e

instituciones del Estado como las conocemos. El Estado (el cuerpo) puede ser muerto o inexistente, pero el alma (las ciudades) promuevan el motor del comercio, con o sin la

ayuda de *civilitas*, que no vive en ninguna parte más que en el aire urbano que nos puede liberar. En este sentido, *luftstadt macht frei*: el aire de la ciudad nos hace libres.

LECTURA RECOMENDADA:

Andreas Capellanus. *The Art of Courtly Love*. Trans. John Jay Parry

(New York: Columbia University Press, 1990)

Agustín de Hipona, Santo. *Confesiones* (Madrid: Ediciones escolares, 2003)

Apuleyo de Madaura. *El Asno de Oro*. Trad. Diego López de Cortegana (Madrid: Alianza, 1994)

Bowman, Alan K., Peter Garnsey, Averil Cameron, Eds. *The Cambridge Ancient History*,

Second Edition, Vol. XII: *The Crisis of Empire, A.D. 193 – 337* (Cambridge, 2005)

Cicerón, Marco Tulio. *Obras Completas*. (Buenos Aires: Anaconda, 1946)

Chrétien de Troyes. *The Complete Romances of Chrétien de Troyes*. Trans. David Staines.

(Indiana University Press, 1993)

Hodges, Richard. *Towns and Trade in the Age of Charlemagne*. (London: Duckworth, 2000)

Ibn Hazm de Córdoba. *El Collar de la Paloma*.(Madrid: Alianza, 1996)

Ibn Jaldún. *Al Muqaddimah* [Introducción a la historia universal]. Trans. Juan Feres.

(México: Fondo de Cultura Económica, c1997)

Latrie, Louis de Mas. *Relations et commerce de l'Afrique Septentrionale, ou, Magreb, avec les nations chrétiennes au Moyen Âge* (Paris : Firmin-Didot, 1886)

Macrobius, Ambrosius Aurelius Theodosius [Macrobio]. *Comentarios al sueño de*

Escipión (Madrid: Siruela, 2005)

Pirenne, Henri. *Las Ciudades de la Edad Media*. (Madrid : Alianza, 1972)

Postan, M.M. *Medieval Trade and Finance* (Cambridge University Press, 1973)

714 blanca